

Gianfranco Selgas. *Regionalismo ensamblado: cultura, ecología política y extractivismos en Latinoamérica (1930-1940)*.

Madrid, Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2025. 267 pp.
ISBN 978-84-9192-465-4

Carlos Gardeazábal Bravo / *University of Dayton*

La literatura regionalista, a menudo identificada con la llamada “literatura de la tierra”, se ha caracterizado tradicionalmente por una visión positivista de las relaciones humanas y de su vínculo con la naturaleza, en la que se proyecta una imagen idealizada del territorio. El libro *Regionalismo ensamblado: cultura, ecología política y extractivismos en Latinoamérica (1930-1940)* de Gianfranco Selgas plantea nuevas posiciones y preguntas sobre este género y su marco temporal: ¿Cómo pueden las humanidades ambientales ofrecer nuevas claves para interpretar la literatura regionalista? ¿De qué forma permite la cultura latinoamericana de los años 1930–40 comprender las dinámicas del Capitaloceno, y en qué sentido el regionalismo de esta década operó como una ecología política? En sus respuestas se apoya críticamente en la idea del capitalismo como organización de la naturaleza desde Jason Moore junto con la ecología política de Héctor Alimonda, en diálogo con la obra de Gabriel Giorgi, Erika Beckman, Felipe Martínez-Pinzón, Héctor Hoyos, Jennifer French y Lesley Wylie, entre otros.

Regionalismo ensamblado plantea una reestructuración de la idea de regionalismo cultural o literario, ampliada a partir de los aportes de la ecocrítica, que abre la posibilidad de plantear nuevas articulaciones. Selgas describe al regionalismo como una “configuración compleja de un ensamblaje entre espacios geográficos y sus contigüidades, entre prácticas sociales y materiales que relaciona organismos vegetales, minerales y humanos, y que se construye discursivamente como una reacción político-cultural” (p. 5). Estas reconfiguraciones permiten pensar en el regionalismo como una reacción política y cultural de los intelectuales latinoamericanos al extractivismo y los resultados de la crisis de 1929, abriendo así un diálogo más productivo para leer estos archivos culturales. Su noción de regionalismo emplea la idea de ensamblaje, a partir de Deleuze y Guattari, para reconocer y explorar vínculos y desplazamientos que revelan hasta qué punto las distinciones tradicionales del regionalismo se vuelven porosas, dando lugar a nuevas configuraciones interpretativas desde el materialismo.

Selgas se centra en tres estudios de caso en Venezuela, Costa Rica y Colombia. El primer capítulo, “Trance extractivo: el secreto de la tierra petrolera, los hombres-cardón y

Latinoamérica telúrica”, desarrolla el concepto de “trance extractivo” a partir de la petronarrativa vanguardista *Cubagua* (1931) y el ensayo “Una ojeada al mapa de Venezuela (lectura ante un auditorio ausente, un día cualquiera del año)” (1939), del periodista, escritor y diplomático venezolano Enrique Bernardo Núñez. El capítulo se enfoca en la fetichización de la naturaleza y en la representación de la potencia transformadora que poseen, como *commodities* minerales y vegetales, el petróleo, el oro, la perla y el cardón, en la obra de Núñez, en particular en su novela. El segundo capítulo, “Extractivismo vascularizado: bananos, café y humanos ensamblados en el enclave de monocultivo”, se centra en el concepto de “extractivismo vascularizado” para su exploración de la crónica “Bananos y hombres” (1931) y el panfleto político “El grano de oro y el peón” (1933), de la escritora y educadora costarricense Carmen Lyra. El autor recurre al concepto marxista de brecha metabólica, entendida como la “ruptura acrecentada por la explotación masificada de la tierra que afecta por igual al ser humano y al medioambiente” (p. 121), para describir el destino común que comparten el plátano, el café, los peones y el suelo agotado por la industria agrícola en Costa Rica. Esta noción le permite mostrar cómo la lógica extractiva no solo degrada los ecosistemas, sino que también produce una vulnerabilidad compartida entre cuerpos humanos y no humanos, revelando la dimensión ecológica y social de otros extractivismos.

En el tercer capítulo, “Semiosis de la extracción: tecnología de la palabra, guerra y patología en las selvas del látex amazónico”, el autor se centra en el científico e intelectual colombiano César Uribe Piedrahita. Propone leer su novela *Toá: narraciones de caucherías* (1933) en diálogo con la ponencia médica “Esquema para un estudio de la patología indígena en Colombia” (1940), argumentando que ambos textos deben situarse dentro del cambio de paradigma que atraviesa Colombia entre 1910 y 1930, durante el inicio de la transición de la Hegemonía conservadora a la República liberal. Este giro político y cultural desplazó la hegemonía discursiva de los letrados y abrió paso a la consolidación de saberes vinculados a la higiene, la biología y la medicina social. Tales discursos, al igual que la Guerra colombo-peruana (1932–1933), estuvieron estrechamente relacionados con el impulso modernizador de las prácticas extractivas que

Uribe Piedrahita examina como médico y científico social, pero también como novelista que observa tanto el pasado cauchero como su propio entorno de (post)conflicto. Para Selgas, sin embargo, la escritura de Uribe Piedrahita no se limita a registrar la sustitución del discurso letrado por el higiénico, dado que tensiona ambos registros en una operación que ensambla escritura y extractivismo. Concibe la escritura como una tecnología de la palabra (desde Ong), en la que el discurso especulativo de lo literario y el discurso científico de lo médico convergen para constituir un aparato semiótico de la extracción del caucho, así como de las múltiples funciones dentro de las lógicas del capital de la coca y el yagé, entendidos en Piedrahita desde la patología y la intoxicación. Define así este ensamblaje entre escritura y extractivismo como una semiosis de la extracción, un resultado simultáneamente poético y sociopolítico en el que cultura y naturaleza se articulan para dar forma expresiva a la práctica extractiva. En esta lectura de Uribe Piedrahita, lo literario opera como el excedente simbólico que el lenguaje científico no alcanza a capturar. Por otro lado, se deja en claro

por qué *Toá* no muestra la selva, como zona de extracción, de la misma forma que lo hace *La vorágine* de Rivera.

Regionalismo ensamblado ofrece una propuesta novedosa sobre las relaciones entre regionalismo y extractivismo, entendido aquí de un modo más amplio como una articulación de la explotación económica de recursos naturales y humanos. El análisis que desarrolla el autor resulta especialmente relevante para los estudios sobre la producción cultural del regionalismo latinoamericano más allá de sus obras canónicas. En el caso colombiano, adquiere un valor particular al contribuir a la revaloración crítica de la obra de César Uribe Piedrahita y sus contemporáneos. Constituye una base para futuros estudios comparativos en el marco de las humanidades ambientales y energéticas de nuevas lecturas materialistas —en la historia cultural de la coca o el yagé, por ejemplo—, las cuales permitirían iluminar dimensiones antes pasadas por alto en el estudio de las narrativas regionalistas, tradicionalmente marginalizadas en las investigaciones culturales sobre Colombia y Latinoamérica.